



Adolescencia intelectual y moda

el aire que se respira en la investigación universitaria ecuatoriana

Jaime Baquero de la Calle Rivadeneira*
Profesor titular de Pensamiento Social Contemporáneo

CUANDO HEGEL proponía al mundo filosófico su teoría filosófica sobre el *zeitgeist*¹ o espíritu del tiempo, seguramente no pensó en aquella otra lectura que años más tarde sería posible concederle. Me refiero a la paternidad sociocultural y pseudointelectual que el "espíritu del tiempo" imprime –e impone– a las corrientes del pensamiento de cada momento histórico, hasta el punto de llegar a subyugar de forma determinista, no precisamente a los más débiles intelectuales, sino a los más bien a los *noveleros* de cada época, que siempre son mayoría aplastante –aunque jamás lo aceptarán– sin que se percaten en lo más mínimo de su esclavitud intelectual. Pongo a manera de ejemplo la preponderancia irrefutable que llegó a tener el marxismo en la década de los sesenta del siglo pasado: ¡pobre del que osara levantar una voz disonante en contra de su casi-dogmática infalibilidad! Valientes los hubo, como Ortega y Gasset o Alasdair MacIntyre, que han pasado a la historia –aunque todavía nos falta perspectiva para juzgarlo: lo harán nuestros hijos intelectuales– como auténticos profetas mal vistos dentro de los tiempos que marcaron su remolino intelectual. Difícil ver más allá cuando uno se encuentra en el ojo del huracán.

Los vientos que corren no son ajenos a una sutil y casi imperceptible amalgama de ideas, ideologías, sentimientos, emociones, rencores, recuerdos, injusticias, sinsabores, reivindicaciones y triunfos que producen, sin querer, una forma determinada de ver el mundo y de interpretarlo. En otras palabras: el idioma científico de nuestros días tiene una semántica y una fonética características, enriquecidas además por aromas y colores –¿agradables?– que se pueden apreciar desde lejos y que nos identifican a todos como

hijos de nuestro tiempo. O más bien, esclavos de él. Como el adolescente que siente una profunda satisfacción por la originalidad de su traza, exactamente igual a la de todos sus amigos y repetida hasta el infinito en las imágenes difundidas por las redes sociales. ¿No te das cuenta que todos van de la misma forma? Imposible hacerle caer en la cuenta. Pues lo mismo en el ámbito universitario políticamente correcto. Y si no me creen, revisen la línea editorial de las revistas científicas renombradas de los últimos cinco años: ni poniéndose de acuerdo dirían cosas tan semejantes. Es casi cómico escuchar a ciertos profesores universitarios defender apasionadamente la educación "librepensadora" que imparten en sus aulas, cuando no dan más que un modelo irreflexivamente copiado de los patrones –en ambos sentidos– que vienen de fuera. La fusión elegante de los términos ciencia, libertad, derechos humanos, autodeterminación, valores ancestrales, culturas orientales, etc., personalmente no me dice nada que no sea: "ven con nosotros, estamos en la cresta de la ola del pensamiento".

En concreto, vale la pena analizar el intocable concepto de "ciencia" que corre en nuestros días y que casi nadie se atreve a estudiar a fondo; contrastándolo con el de "filosofía", tan venido a menos. Si se parte de la definición precristiana de ciencia, *conocimiento cierto por sus causas*², se puede decir que la buena filosofía entra de lleno en ámbito científico. Sin embargo, resulta indudable que ésta afirmación provoca rechazo frente al *reduccionismo científico*³ occidental, que ha tomado fuerza en el pensamiento contemporáneo y que pretende limitar todo conocimiento científico a su versión técnico-experimental: se pretende elimi-

nar del ámbito científico todo aquello que se aparte de una metodología inductivo-positivista, provocando la castración del saber por culpa de la metodología, como si me dijeran que es imposible realizar una transacción bancaria "porque se cayó el satélite" (cuento una historia real): ¡pues arreglen el satélite! ¿Cómo puede limitarse el fin por culpa del medio? Si introduzco un auto de carreras por un camino empedrado, o soy tonto o no entiendo nada de automóviles: a estas alturas de la vida existen estupidas carreteras de asfalto y de conocimiento.

Nuestro tiempo tiende apresuradamente a una categorización conceptual mermada por su propio bagaje conceptual y difundida también –como única vía de conocimiento válido– dentro del campo de las ciencias sociales contemporáneas: véanse, por ejemplo, algunos manuales de Psicología (reducida a una sofisticada Psicometría) o la forma de impartir Antropología en ciertas universidades, que no pueden evitar la demarcación de sus contenidos únicamente dentro de espectros sociales o culturales, y no propiamente filosóficos, peor aún ontológicos. "Antropología social", "Antropología cultural": el buen café, como el oro, no necesita de calificativos para demostrar que es auténtico. El método científico, en definitiva, entendido por la sociedad contemporánea como destino y no como camino hacia la búsqueda de la verdad: he dicho "búsqueda" porque de eso se trata.

Los estudios humanísticos, sin dejar de lado la necesidad de conocimientos empíricos positivos, no debe apartarse de procedimientos deductivos, intuitivos e inclusive empáticos –tan de sabor oriental–, siempre en el marco de la racionalidad, apegados a la

búsqueda de la realidad de las cosas, sin temor a preguntarse por el sentido y la trascendencia: hay que ser valientes para formular un ¿qué? o un ¿por qué? cuyo eco resuene más allá del laboratorio. En este sentido la filosofía, además de ciencia, podría denominarse también *sabiduría*, entendida como la perfección de la ciencia⁴, que *asume en sí misma al conocimiento precientífico y postcientífico, a la evidencia de la experiencia de cada día (...) y a todo lo que podemos llamar filosofía o metafísica*⁵. Dos opciones para tu decisión personal: o bien pensar; o bien seguir dócilmente el amable espíritu del tiempo...

¹ Cfr. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, Duncker und Humblot, Berlin, 1848.

² Aristóteles, *Metafísica*, 981 b, 25-30.

³ Cfr. Mariano Artigas, *Filosofía de la ciencia*, Eunsa, Pamplona, 1999, Cap. VII.

⁴ Aquinas, *In Ethicorum, prooemium*.

⁵ Diego Martínez Caro, *Génesis: el origen del universo, de la vida y del hombre*, Homo legens, Madrid, 2008, p. 392.

* Profesor fundador y miembro del Consejo consultivo de la Universidad de Los Hemisferios. Doctor en Jurisprudencia por la PUCE; tiene estudios superiores en Filosofía por la Università della Santa Croce (Italia); y es Ph.D. en Derecho por la Universidad de Navarra (Premio Extraordinario). Ha publicado cinco libros, catorce artículos en revistas científicas; y es co-autor de cinco obras más, escritas en español, inglés e italiano. Miembro del Consejo editorial de la Revista "Actualidad Jurídica".